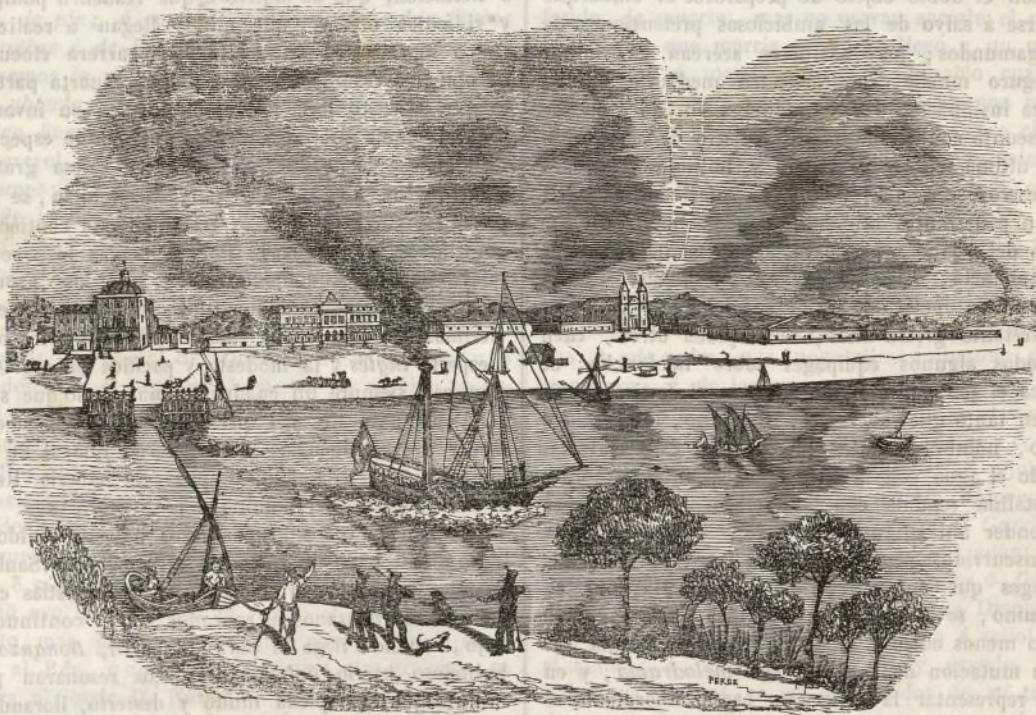


ESPAÑA PINTORESCA.



BONANZA.

Ahí tienen nuestros lectores la vista de esta joven población, cuyas primeras piedras se colocaron durante el reinado de Fernando VII, en el año de 1832, donde el Guadalquivir rinde su último tributo al Océano, y cuyas ruinas están demostrando en este momento la corta existencia, que ha de correr este naciente, á la par que moribundo pueblo. No es de nuestro propósito analizarlo artísticamente; baste decir que del estado en que hace pocos años se hallaba al miserable en que hoy se encuentra, no hay que culpar á recios temporales ni á funestos incendios. Bonanza se desmorona por sí propio: gigante edificado sobre arena deleznable y movediza, se cuarteó y tiembla llorando la debilidad de sus cimientos.

Un bellísimo templo que ya está reducido á míseros escombros, el paseo en donde casi nadie ha fijado su planta, sin asientos, pedregoso y cubierto de yerva como todas las calles, ocho manzanas de casas bastante deterioradas, el edificio de la Aduana lleno de desconchados y no muy firme, y últimamente un muelle comido por el mar, y donde apenas puede transitar el viajero; estos son los débiles restos de Bonanza en el día de hoy.

Además de algunas inscripciones que en letras de oro se leen en la iglesia y Aduana, en los rótulos de las desiertas calles se ven grabados los nombres de *Pizarro*, *Fernando el Católico* y *Hernando de Soto*. ¡Admirable contraste! letras de oro y nombres eternos unidos á edificios, que aunque pese á sus autores, no se han destruido del todo para mengua y baldon de aquellos.

Pero no ha sido nuestro objeto al ocuparnos de Bonanza lanzar formidables anatemas contra aquellos, sobre quienes recae toda culpabilidad. Pase lo hasta aquí dicho por vía de introducción, descendamos á presentar á nuestros lectores un cuadro animado, vivísimo, cuadro que hace olvidar lo ruinoso del sitio, á causa de la gritería que en él reina. Desde la feliz época en que por medio del vapor se prestaron alas á los buques para bien del comercio, y comodidad del curioso viajero, Bonanza tomó otro nuevo carácter, y lo que era un mezquino muelle, se trocó en puerto interesante y en emporio de mil notabilidades, que allí se reúnen. Antes tan solo abordaban allá algunos barcos de pesca, ó que conducían efectos á los puertos inmediatos; ahora con la utilísima inno-

vacion de los vapores acaecen allí escenas de mucho interés, de las que vamos á dar una ligera idea á nuestros lectores.

Es de ver, apenas se divisa casi imperceptible el humo que despiden el vapor, como á la voz preventiva de *el barco viene*, se pone en movimiento el ambulante pueblo, que á la sazón ocupa á Bonanza. Apresúrase el viajero á reunir con su persona el equipage, con el doble objeto de prepararse al embarque y ponerse á salvo de las ambiciosas pretensiones de los vagamundos; los marineros acercan sus faluas al inseguro muelle, condescienden mediante alguna metálica insinuación los carabineros en no molestar al transeúnte con el infamante registro de su equipage, y últimamente, el crecido y bullicioso número de caleseros se acerca al muelle, queriendo escudriñar con penetrantes miradas hasta la mas recóndita cámara del lejano vapor, para calcular si habrá pasaje en abundancia, ó se dará el caso de disputarlo entre sí en ruidosa oposicion.

Entretanto gritan unos, se despiden otros, caen despeñados algunos equipages sobre la lancha, se embarca el pasaje, y bate los remos el festivo marinero, en tanto que el vapor, *Trajano, Teodosio ó Rápido*, nombres de los que hay en esta travesía, cortando el agua con la sùtil proa, y alzando montes de cristalina espuma con las veloces ruedas, viene á suspender allí su rápida carrera.

Transecridos algunos leves momentos, todos los personajes que en este sitio figuran cada uno en su término, se trasladan á otro local mas reducido pero no menos curioso. Hay digámoslo así, una repentina mutacion de lugar en este *melodrama*, y en vez de representar la escena un barrio alborotado, se traslada á una mezquina lancha donde van depositados tantos y tan carísimos objetos. Aquí es donde recae todo el interés, aquí donde hay tantas situaciones cómicas, bufonadas, llantos y risas. Una Señora mareada, exánime escita la compasion y al mismo tiempo la risa de los serenos espectadores; otra interpela con gravedad al indolente patron sobre la pérdida de la sombrilla, cotorra, cartonera ó cofre; un militar requiebra con sentidas lamentaciones á la primera hija de Eva, que tiene la suerte ó desgracia de estar á su lado; quien se queja de los fuertes pisotones que otro le prodiga, y mientras todos bullen, el gefe de la barca, con voz aguardentosa y tosca mano, demanda el debido estipendio á los que esquivan pagar el precio correspondiente á sus personas y equipage.

Entretanto el local de Bonanza se halla abandonado de una gran parte de personas que antes le ocuparon, pero este abandono es incidental y ocasiona otra escena de mas interés, y quizá de mas agradable efecto que la anterior: luego que el pasaje se ha embarcado en el vapor, es por demás curiosa y sorprendente la entrada de los nuevos pasajeros en el mencionado puerto. Aquí comienzan la confusion, el desórden y la escandalosa griteria, que promueven los caleseros.

No se limitan á hacer proposiciones al pacífico viajero, ni sofocarle formando un impenetrable muro entre él, su familia y su equipage, sino que llega su escesiva audacia hasta el punto de introducir á las personas casi á latigazos en las calesas. Donde quiera que divisan á alguno cuyo esterior denota lujo ó desprendimiento, allí reconcentran todas sus fuerzas, allí es la lucha. Se forma entre ellos un linage de puja ó licitacion, que da motivo á que resuenen pomposas y ridiculas ofertas, que nunca llegan á realizarse. Quien en alas de su picante y chocarrera elocuencia se obliga á resignarse con recibir la cuarta parte de lo que la costumbre ha establecido en su invariable arancel; quien pretende alucinar al simple espectador brindándose á llevarle en su velera calesa gratuitamente, y en fin, todos gritan, se empujan, se atropellan, y suele á las veces terminar esta contienda á puntillones y navajazos. Por lo demas bien se deja inferir, y así realmente acontece, que las promesas salen probablemente desmentidas en el desenlace. Las víctimas en esta lucha suelen de ordinario ser, el inesperto *inglés* y la modesta y pacífica Señora. Aquel paga casi siempre un cuádruplo mas de lo que se exige á los naturales del pais, y esta se pliega dócilmente á las exigencias del calesero, que al fin pide una crecida retribucion, despues de haberle llevado la mayor parte del camino á paso de tortuga.

Cuando ya todos los pasajeros han convenido con los que les han de conducir al suspirado Sanlúcar, cuando ya se ve una nube de calesas, bestias cargadas, potros jerezanos estropeados con el continuo trabajo, cuando llega la hora de partir, *Bonanza*, el bullicioso barrio donde tantos ecos resonaran pocos minutos antes, queda mudo y desierto, llorando su horfandad, sin tener otro compañero que las olas de mar, que van irritadas unas veces á socabar el débil muelle, compasivas otras á acariciar las gastadas piedras. *Bonanza* entonces semeja con su paz y silencio á un cementerio, esperando se aproxime otra vez algun buque para que vuelvan á repetirse las bulliciosas escenas, cuya fugitiva descripcion acabamos pálidamente de hacer á nuestros lectores. Concluiremos nuestro artículo, diciendo, que en estos silenciosos intervalos, *Bonanza*, á pesar de los carabineros que paga el Estado á costa de inmensos sacrificios, es un Gibraltar, donde libre el contrabandista adjudica sus ilícitos géneros al mayor postor.

SEBASTIAN HERRERO.

EL CERCO DE ZAMORA (1).

Segunda parte.

MUERTE DEL REY DON SANCHO.

Empos de esto apartó Vellido Dolfó al Rey, é dijol. «Señor: si lo tenedes por bien, cavalguemos ámos»

(1) Véase el número 28.

solos, é vaíamos andar á derredor de Zamora é veremos vuestras cavas, que vos mandastes facer, é yo mostráros hé el postigo que llaman los zamoranos Darena, por do entraremos la villa, ca nunca se cierra aquel postigo; é desde que anochechiere, darne hedes cien caballeros fijos-dalgo, é de linage, que vayan con migo, é armarnos hemos, é ymos de pie; é como los zamoranos están fracos de fambre é de lacería, dejarse han vencer é nos abriremos la puerta, é entraremos, é tener la hemos abierta fasta que entraren todos los de la vuestra hueste, é así ganaremos la villa.» E el Rey creyol, é dijo que decie muy bien, é cavalgaron amos; é andando en derredor de la villa alongados de la hueste catando el Rey por do la pudiese mas aina prender, é veiendo sus cavas, mostrol aquel traidor el postigo, que el dijera, por do entrarie la villa, é pues que la villa ovieron toda andado en derredor, óvo el Rey D. Sancho, saor de descender cerca la rivera del Duero é de andar por y so lazándose, é el traie en la mano un venablo pequeño dorado como lo avien entonces los Reyes por costumbre, é diol á Vellido Dolfó que ge lo tuviese, é el Rey apartóse á facer aquello, que el ome no puede escusar cave una hermita que dicen Santiago; é Vellido Dolfó fue con él, é quando vió al Rey estar de aquella guisa tiró el venablo, é diol por las espaldas, é saliol de la otra parte de los pechos; é pues que lo ovo ferido volvió la rienda al caballo, é fuese quanto mas pudo, para aquel postigo, quel mostrara al Rey, é antes de esto fisiera otra traicion, ca matára al Conde D. Nuño, así como non deviera. Rui Diaz Cid, topol de pie é quando lo vió así fuyendo, preguntol porque fuie, é el non le quiso decir nada, é el Cid entendió entonces, que havie fecho enemiga, ó que havie muerto el Rey pues que así iba fuyendo, ca el era mucho su privado, é nunca se partia del. El Cid demandó el caballo a muy gran priesa, é de mientras que gelo davan alongóse Vellido Dolfó. Apesar la gran queja quel Cid avie de su Señor, luego que tomó la lanza fue á todo poder de caballo, que non atendió que le pusiesen las espuelas, é alcanzol ya entrante la villa, é firiol de la lanza, é metiol por medio la puerta adentro; dicen que le mató el caballo, é que oviera á el muerto si las espuelas trojiera: però dice el Arzobispo D. Rodrigo que le non podiera alcanzar por las espuelas, que le non pasieran, mas que le siguió fasta las puertas de la villa, é maldijo el Cid á todo caballero armado que sin espuelas cavalgase.

Pues que Vellido Dolfó fue entrado, con el gran miedo que havie fuese á meter só el monto de la Infanta Doña Urraca, é dijol Arias Gonzalo: «Señora, pidovos por merced por Dios, que dedes este traidor á los castellanos ó si non veniros ha ende gran daño ca ellos querrán reptar á Zamora, é despues non le baldrades vos.» E dijol Doña Urraca á Don Arias Gonzalo. «Consejadme vos que faga del en guisa, que non muera por esto que ha fecho.» E respondioli D. Arias Gonzalo. «Pues daldo vos á mí

que yo mandarle he guardar fasta tres nueve dias, é si los castellanos vos reptaren á estos plazos, echarlo emos de la villa de guisa, que nunca parezca ante vos.» Tomol D. Arias Gonzalo, é mandol echar dos pares de fierros; é guardarle muy bien.

Los castellanos fueron entonces á buscar á su Señor é falláronle rivera del Duero do yacie muy mal ferido de muerte, mas no osavan sacarle el venablo por miedo que morrie, é luego llegó y un maestro de Búrgos; é mandó aserrar el venablo cuanto el astil de un cavo, é del otro por tal, que non perdiese la fabla é dijol entonces D. García de Cabra el crespo de Grañon. «Señor pensad de vuestra ánima, ca mucho que tenedes mala ferida.» E dijol el Rey «Bendito seas Conde, que me vos eso decides, ca yo bien veo, ca yo muerto soy, é matóme el traidor Vellido Dolfó, que se avie fecho mi vasallo, é bien tengo que esto fue por los mis pecados é por los mis bravos, ca yo pasé el mandamiento é jura, que fice al mio padre, que non tollese á ninguno de mis hermanos, é de los mios vasallos nada de lo suyo.» E el Rey esto diciendo mandó que le asentasen en el lecho que estaban, y en derredor del, Condes, é ricos omes, é Arzobispos é Obispos, é díjoles así: «Amigos é buenos vasallos leales; digovos, que digades á mis hermanos D. Alonso é D. García, que me perdonen de quanto tuerto, é de quanto desaguisado les fiz, é que roguedes todos á Dios por mí, que me haya merced al alma.» Despues que esto ovo dicho, demandó la candelá é saliol luego el ánima; é ficiéron por él muy grandes duelos todos sus vasallos, é los otros todos de su tierra é dice aquí el Arzobispo D. Rodrigo, que se derramaron todos los demas fuyendo cada uno á su parte, desamparando todos sus casas, é que ovo muchos de ellos presos é muertos; mas la caballería de los omes castellanos, metiendo mientes á lo que devien é guardando su honra é su lealtad, como siempre su linage la guardara, é la fama, que ellos avien de armar estuvieron fuertes. Despues de esto tomaron una gran parte de los altos omes de la hueste con los Arzobispos, é Obispos el cuerpo de su Señor el Rey D. Sancho é lleváronlo para el monasterio d' Oña, é enterráronlo mucho onradamente, así como conviene á Rey, y la otra partida de la compañía fincó en la hueste allí sobre Zamora. Pues que el Rey D. Sancho fue enterrado, tornáronse los ricos omes é los prelados á la hueste, é ovieron todos su acuerdo como enviasen á desafiar á los de Zamora, é levantóse entonces el Conde D. García de Cabra é dijo. «Amigos ya vedes, que nos perdido havemos á nuestro Señor el Rey D. Sancho, el que matol el traidor Vellido Dolfos, seiendo su vasallo, é los de Zamora recibiéronlo en la villa. ¿E así es como nos cuidamos? Pues que nos fue dicho, que fisol por el consejo de los zamoranos, é si aquí oviera alguno que los quisiere ir reptar, por ende nos todos é los otros á buen preito, quel complamos de armas é de caballos, é de quanto oriere menester, fasta quel repto sea cumplido.» Despues que

esto ovo dicho el Conde callaron todos, que non fabló ninguno, é de sí á gran priesa levantóse un caballero castellano que avie nombre Diego Ordoñez de Lara, é díjoles. «*Señores; si vos tenedes todo lo que el Conde ha dicho, yo iré reptar á Zamora por la muerte de nuestro Señor el Rey D. Sancho.*» E ellos otorgáronselo, é alzaron las manos, é ficiéron juramento de cumplirlo. D. Diego fuése luego para su posada, é armóse muy bien; é cavalgó en su caballo, é fue á reptar á los de Zamora, é quando fue cerca de la villa encubrióse del escudo, porque le non friesen de las saetas, é comenzó á llamar á grandes voces á D. Arias Gonzalo. Un escudero que estaba en somo del muro, fue á D. Arias Gonzalo, é dijol. «*Un caballero castellano está cerca de la ciudad bien armado, é llamandovos á grandes voces, é si quisieredes, tirarle he de la Vallafrá ol feriré, ol mataré el caballo*» E dijol D. Arias Gonzalo, quel non lo friesen por ninguna guisa, é D. Arias Gonzalo con sus fijos que le guardaban subió en el muro á ver que le demandaba aquel caballero, é dijol. «*¿Amigo que demandades?*» E dijol D. Diego. «*Los castellanos han perdido á su Señor, é matol el traidor de Vellido Dolfos su vasallo, é acogistelo en Zamora, é por ende digo, que es traidor quien traidor tiene consigo, si save de la traicion, ó si gela consintió, é repto á los zamoranos; tambien á los grandes como á los pequeños, é al vivo é al que es nascer, así como el que es nacido é á las aguas que bebieren é á los paños que vistieren, é aun á las piedras del muro; é si tal ha en Zamora que salga de nos lidiar gelo he: gi Dios quisiere, que vensa, fincarédes por tales, quales yo digo.*» Respondió D. Arias Gonzalo, si tal como tu dices, non debiera yo nascer; mas en quanto tu dices todo lo has mesnitido, decirte he que en lo que los grandes facen, non han culpa los chicos, nin los muertos: otro si non son culpados de lo que non vieron, ni sopieron, mas sacame ende los muertos, é los niños é las otras cosas que non han entendimiento, é por lo al decirte he que mientes é lidiare contigo ó dare quien te lo lidie, é se pas una cosa, que todo el que reptá á consejo que deve lidiar con cinco uno empos de otro, é si venciére aquellos cinco deve salir por verdadero, é si alguno de aquellos le venciére, deve fincar por mentiroso.» Quando esto oyó decir D. Diego pesol, ya, quanto mas encubrios muy bien, é dijo así á Don Arias Gonzalo. «*Yo daré doce castellanos é dadme vos doce zamoranos, é juren todos veinte y quatro sobre los Santos Evangelios que nos juzguen derecho, é como ellos fallaren que devo lidiar, así lidiare yo.*» Dijo D. Arias Gonzalo que le placie, é que decie muy bien. De sí posieron que oviesen treguas tres nueve dias fasta que oviesen lidiado.

(Se continuará.)

GALERIA DE PINTURAS.



(Cuadro de D. Jacinto Gomez.)

Estraño y aun reprehensible seria á la verdad, que no aprovechando los medios, que nos facilitan el transmitir á la posteridad curiosas é interesantes noticias, relativas á los eminentes artistas, que han brillado á fines del pasado siglo y principios del presente, dejásemos en perpétuo olvido sepultada la memoria de aquellos, cuyo mérito honra en alto grado al pais en que nacieran, y hace la gala de las artes y las delicias de los inteligentes y aficionados á ellas. Ni es á estos á quienes únicamente interesa conocer las vicisitudes de aquellos y las causas de su elevacion ó decadencia. ¿Quién ignora que la venerable historia sentada sobre la tumba de los Reyes, consulta á las artes para juzgar de la conducta de aquellos, y dar su fallo imparcial y severo, contra el cual no pueden ya oponer las intrigas de su política, la fuerza de sus ejércitos, ni la numerosa cohorte de sus aduladores? ¿Quién ignora, que una proteccion decidida á las artes hace que luzca en los grandes Príncipes con nuevo y realzado esplendor la aureola de gloria, que en torno los ciñe, y en gran manera atenúa el terrible juicio, que sobre sí atraen los indolentes ó viciosos? Admiramos á los primeros, y al contem-

plar á los segundos, la ágría censura se trueca en compasivo interés, y aparecen muy otros á nuestra vista, cuando entre sus desaciertos se nos presenta como honrosa escepcion idea tan bella y noble. Ejemplos tenemos de lo uno en los esclarecidos Reyes Felipe II y Carlos III, de lo otro en el monarca que mas adelante citaremos.

Razones tan poderosas nos han movido á escribir este artículo, considerando, que á las ya espuestas se agrega al presente, otra no menos fuerte; esta es la destruccion del gran número de monumentos, llevada brutalmente á cabo en nuestros dias, y consiguiente á tan lamentable ruina el extravío de las preciosidades, que los adornaban y engrandecian. Doloroso es por cierto el recordarlo, porque si los pueblos escriben en páginas de piedra los progresos de su civilizacion, (como dice un sábio,) los pueblos que tiran por tierra las obras que recibieron de sus mayores ¡que escribirán sino su degradacion y su oprobio! Menester es por tanto consagrar nuestras tareas á dar á conocer las bellezas artísticas, que dichosamente poseemos, y recordar las que por desgracia desaparecieron.

El hermoso cuadro cuyo exacto dibujo va al frente de este artículo, es obra de D. Jacinto Gomez y Pastor, pintor de cámara de Carlos IV, quien le dispuso especial proteccion y particulares muestras de aprecio. Nació el referido artista en el sitio real de S. Ildefonso en 1746, y de muy corta edad pasó á Madrid, pensionado por el Infante D. Luis, quien ha dejado tantas pruebas de su amor á las nobles artes. Los progresos que hizo Gomez en el dibujo, siendo discípulo del célebre Mengs, merecieron que Carlos IV, á la sazón Príncipe de Asturias, le agraciase con una pension, que, así como la concedida por el Infante, gozó durante su vida. La constante aplicacion y bellas disposiciones del agraciado, le hicieron descollar entre los que se dedicaban á la pintura, y le granjearon el primer premio en los generales de la Academia de S. Fernando, la cual posee el excelente cuadro, que en esta ocasion presentó, el que representa á S. Agustin y S. Lorenzo ante el Padre Eterno.

Elevado al trono Carlos IV, nombró á Gomez pintor de cámara en el primer año de su reinado, distincion á la que se habia hecho digno, como el mas aventajado discípulo de Mengs y Bayeu. Infinitas y muy estimables obras ejecutó, así para el Rey su protector, como para particulares, y si bien se halla en ellas mucho que alabar, distínguense y atraen la atencion y se captan el aprecio de los inteligentes por el bello colorido y por la perspectiva óptica. Acreditánlo una Siera Familia que existe en la casa del Príncipe en el Escorial, un S. Carlos que está en San Pascual de Aranjuez, la cúpula y pechinas del real Oratorio de palacio en el último de dichos sitios, la Concepcion que hizo para la sala de juntas del Colegio de Farmacia, un S. José para la Catedral de Palencia, una Asuncion para el altar mayor de la villa de Boró, y otros muchos cuadros que espresan

asuntos sagrados y retratos, de los que no hacemos mencion, así por ignorarse el paradero de unos, como por hallarse otros en poder de particulares, y en sitios por consiguiente que no es posible reconocer.

Entre las obras que trabajó en Madrid, merece singular mencion el techo de la botica de palacio, decorada con régia magnificencia por Carlos IV, y de la que solamente han quedado las puertas, las que se conservan en el palacio del Casino, pues fue destruida en la época de los franceses, cuando practicaron grandes derribos para formar la vasta é irregular plaza de Oriente, y en los que fueron comprendidos todos los edificios de la calle del Tesoro, en la que dicha suntuosa botica estaba.

Pereció entonces el mencionado techo, y quedó reducido á pequeño número el de las pinturas del referido profesor, que se encontraban en sitios públicos. Al presente subsisten pocos, pero buenos cuadros de su mano, que pueden ser fácilmente vistos: tal es aunque colocada en mal sitio y á mala luz la lindísima Gloria con el Ssmo. en el centro, que se ve en el altar del comulgatorio de las Sras. Comendadoras de Santiago. Digno es tambien de atencion el cuadro señalado con el número 568 de escuela contemporánea en el real Museo del Prado, boceto de las pechinas y cúpula del ya citado oratorio de Aranjuez, en el que se representa á las gerarquías de los ángeles, adorando al Espíritu Santo. De no inferior mérito son los dos cuadros colaterales de la preciosa iglesia de S. Antonio de la Florida, construida por Carlos IV, y en la que trabajaron los primeros profesores de arquitectura, pintura y escultura. En el lado del Evangelio se representa á S. Fernando y San Carlos Borromeo, adorando á la purísima Concepcion: vése en la parte de la epístola á S. Luis Rey de Francia con manto real y corona en nobilísima actitud, levantando los ojos al cielo, al que parece presentar y ofrecer las sagradas reliquias que trajo de la Tierra Santa, y que tiene en sus manos en una bandeja con un rico paño: delante del Santo Rey, hay una mesa ó reclinatorio cubierto con terciopelo carmesí, en el que está el cetro de oro, y en el mismo cuadro aparece á la izquierda S. Isidro Labrador. Estos cuadros (de uno de los cuales se ha sacado el dibujo que acompaña á este artículo), harian mucho mejor efecto si se los barnizase, como se practica con los del real Museo.

Antes de terminar nuestra tarea, permítasenos hablar aunque brevemente, de los anacronismos que se notan en muchos de los cuadros de las antiguas y modernas escuelas, y que solo la envidia hermanada con la mala fé, puede atribuir á ignorancia de los profesores en cuyas obras se encuentran; siendo el verdadero origen la piedad ó el capricho de los que las encargaban. Ejemplo de ello son los cuadros que en el último párrafo hemos descrito. Destinábanse á una iglesia rural de las inmediaciones de Madrid, y cuyo fundador era un Rey descendiente de S. Fernando y S. Luis, y que deseaba consagrar altares en el

recinto de aquella, á la patrona de las Españas, á sus gloriosos progenitores, al Santo de su nombre, y al virtuoso labrador, patron de la corte y cuyos sencillos y gratos recuerdos se conservan no lejos del sitio en que el gallardo edificio se levantaba. Preciso le fue al pintor cumplir las ordenes del Rey, sujetándose á lo que el ornato de la iglesia prescribía, y este y no otro fue el motivo de reunir en dos cuadros Santos, que florecieron en diversos tiempos. Semerjantes causas produjeron los anacronismos en que incurrieron los mas de los pintores.

Volviendo á nuestro asunto, del que nos ha separado la necesidad de hacer una ligera indicacion, decimos que existen aun objetos regalados por el Rey Carlos IV á D. Jacinto Gomez, en prueba del alto y justo aprecio que hacia de su mérito generalmente reconocido. Perdieron las artes á tan eminente profesor el año de 1812.

Escasas parecerán á algunos las noticias que en este artículo hemos dado, empero aun estas mismas (únicas que se han podido adquirir) se perderian, si las columnas del *Semanario* no se consagrasen á conservarlas.

J. M. DE EGUREN.

LITERATURA.

ROMANCE INEDITO DE JOVELLANOS (1).

Bachilleres, charlatanes
á presenciar la espantosa
lucha, asisten; digno teatro
de héroes de tan alta estofa.
Allí el panzudo Botelio (2)
hipando, y alla en la londa
barriga hirviendo espumante
el rojo Baco, rebosa
un turbion de adulaciones
que hácia el poder desemboca,
en tanto que con la panza
moviéndola á la redonda
á veinte de los contiguos
ó bien arredra, ó sofoca.
Un zalamero Tersites (3)
figura de ceremonias
que á todos adula y muerde,
hiere en un punto y elogia
de oráculo revestido,
como quien no dice cosa,
en tono de cumplimiento
murmura cuanto allí nota.
Esperábase en la turba
á Marco-longo, persona (4)
que de estatura y de versos

tuvo siempre lo que sobra;
mas escapóse sin duda
á algun sagrado, que esconda
su languidez, y entre incienso
viva exenta de la mofa.
Perpendicular al centro
de la palestra, globosa
máquina de densas nubes
hiende el aire, donde apoya
arrojadamente hinchada
su pie la divina Moria.
Su grata munificencia
de ambos héroes protectora
neutral allí, solo asiste
á autorizar la victoria;
porque de láureas augustas
cargada, y de vividoras
ramas, honor de altos héroes,
la muchedumbre chillona
de sus danzarines genios
ostenta el premio, que aboga
por el valor, y en los pechos
la ansia del triunfo acalora.
Sordo susurro, nacido
de la espectacion dudosa
de la faccion, se escuchaba,
cuando hétele aqui, que asoma
en otro pollino Antioro
montado en heróica forma,
armado de romanzones
que nunca al golpe se abollan,
consistencia empedernida
que debe á su misma cholla.
Vertiendo ya espumarajos
alza los ojos, é implora
la deidad de la locura,
que es la que en él siempre obra.
¡O tú, la dice, en mis cuitas
mi fiel, mi única señora,
á cuya ley he ajustado
siempre mis acciones todas.
Tú, á quien debo la ventura
de que rian á mi costa
mil socarrones malditos,
porque en las plazas y fondas
por oráculo me vendo,
y como á tal clamor que me oigan;
acórreme en este trance,
acude, alientame; aromas
fragantes, luego en tus aras
quemaré, con que responda
mi gratitud al auxilio
si logro que me socorras.
Miranse de mal talante
los dos campeones, trota
el asno del Mimi-Esopo,
y Antioro, con briosa
carrera á encontrarle vuela.
Horrisonamente chocan
bien así, como arrancadas

(1) Véase el número 28.

(2) Ortega.

(3) Ayala.

(4) Rejon.

de opuestas cimas dos rocas
al enfurecido embate
del austro que horrendo sopla,
en la rápida caída
encontrándose furicasas
recíprocas se resisten
y mútuas se desmoronan:
Sendos coplones por lanzas
enristran, que allí transforman
un instrumento de muerte,
(que esto son las malas coplas).
Se buscan, húrtese, vuelven
á los encuentros: remotas
cumbres resurten al eco
de los golpes en sus hondas
cavernas: suena en el circo
la gritería espantosa
de la turba que los ayes
atruena. Las armas rotas
primeras, á papelazos
se hieren y ¡oh dolorosa
suerte de partos sublimes!)
el furor ciego destroza
los escritos mas divinos
que á la escasa España honran.
Zumbando en la vaga esfera
Raquel y Jomeli, en forma
de guijarros disparados,
tan pesados se desploman
sobre los dos, que sudando
vierten la fatiga en gotas.
Indecisa largo rato
la lid, al fin la traidora
suerte, y el hado enemigo,
que el paso á las dichas corta
dirigiendo un papelote
de pestilencia asquerosa
(armas propias de Antioro,
que por no conocer otras
y darlas el mejor temple,
por casa, en letrinas mora)
dió en las narices al asno;
el fiero hedor le atolondra,
desmándase, menudea
corcovos, brinca, galopa,
dispárase, y poco firme
el ginete en fin le arroja
á la miserable arena
que le hiere y le sonroja.
No suele el águila altiva
sobre la ya temerosa
garza, caer mas impía,
que inexorable desmonta
el tremebundo Antioro
á dar cabo á la victoria.
Cébase en el vencimiento,
y por trofeo deshoja
euanos escritos divinos
al vencido jayan toma.
Allí el doliente alarido

del concurso, aunque provoca
á lástima, mas inflama
al héroe que desenoja;
porque diz que el jactancioso
(sino mienten las historias)
es entre todos los brutos
la bestia menos piadosa.
Condiciones sanguinarias
pone á su triunfo, que adopta
el desmayado paciente.
Que humilde le reconozca
por el mas bravo coplero
que el furor sacro endemonia.
Que á escribir versos no vuelva,
y en el momento deponga
el renombre de poeta
que, á pesar de Apolo, logra.
Que dejando vanidades,
á buen pensar se recoja,
Ni ser Arlequin profese
en los bailes que alborota.
A todo con voz doliente
el mísero se acomoda:
dále por libre; y gimiendo
el triste Geta sin honra,
sin gloria, al amo y al burro
saca despedido y llora.
Entonces ya por la esfera,
cencerros sonando, y roncas
cornetas, que el himno animan
y los geniezuelos tocan
en rápido giro, baja
la grave Deidad, arrostra
al héroe, y dále un abrazo:
en tanto, en torno retozan
de su frente revolando
bichos que de zanahorias,
berzas, y cardos, y paja
tegida guirnalda, en pompa
magnífica le presentan
y con ella le coronan.
Hínchase el héroe famoso,
vuela el númen, él invoca
perpétuamente su auxilio,
ser siempre su esclavo voto.
Cumple el voto y en el templo
de la sandez jactanciosa
que tanto su ofrenda acepta
que aunque las cabezas tontas
son tantas, la de Antioro
es la que aventaja á todas.

FIN.

Digimos al principiar este artículo, que era probable y hasta verosímil, que fuese esta la verdadera segunda parte del romance, pudiendo muy bien ser la tercera; el lector habrá podido conocer lo acertado de nuestra opinion, cotejando el estilo, su narracion, y la igualdad de sentido, que se nota entre la primera parte y esta segunda. Creemos pues y sin temor casi

de equivocarnos, que la verdadera segunda parte del Romance debe ser esta, y tambien que la impresa como segunda es la tercera, porque es la continuacion del Romance hasta la derrota en singular batalla del gigante Polifemo el Brujo, donde termina toda la historia.

En la misma tercera parte se cita esta segunda, que ya han visto los lectores, cuando dice el poeta en los primeros versos

Díme tu chuscante musa
tu que la pasada liza
cantando, supiste el cuerno
henchir de flatos y chispas etc.

La liza, la refiere solamente en la segunda, y no en la primera, y siendo así no tendrían alusion estos versos. Réstanos antes de concluir este artículo hacer algunas aclaraciones respecto de la parte tercera del Romance. El gigante Polifemo que tanto en ella se cita, es sin duda alguna Forner como se colige de todo el espíritu de la composicion y en especial de estos versos

No es aquel que allá del Betis
en las desmandadas linfas,
zambulló qué sé yo á cuantas
deidades hechas de prisa etc.

Que alude sin duda á la carta de D. Antonio Varas, sobre la Riada de Trigueros. Pero es mas palpable aun la alusion en estos dos

Va caballero en un asno
Ducho ya en cruentas lizas etc.

Finalmente toda ella se halla llena de alusiones contra Forner, que seria de desear se aclarasen en los originales, para la mayor ilustracion del Romance.

L. VILLANUEVA.

Cartas del P. F. Enrique Florez, á D. Fernando Lopez de Cárdenas cura párroco de Montoro, de la Real Academia de la Historia, pensionado por S. M. etc.

PRIMERA.

Muy Sr. mio: no he podido ver la carta de usted á causa de una fluxion á los ojos, que despues de tres meses y ocho dias no acaba de ceder; pero segun me la han leído, tengo muy anticipadamente en mi estudio la copia de la inscripcion hallada ahí en el año 1748 con el epitafio del diácono Recesvintho de que ni he dudado ni dudo que es de la era 681, por no permitir otra cosa la formacion de los números; y lo que V. menciona en contra, lo disuelve bien, pudiendo citar en su favor, no una sino muchas ins-

cripciones que tenemos posteriores á Recaredo, de cuya práctica carece el que intente defender lo contrario.

Corre la voz de que ese pueblo (*Montoro*) batió moneda en tiempo de los romanos, lo que si se calificara con alguna, era de mucho honor. Por tanto la curiosidad y celo de V. se ocupará dignamente en recoger las monedas antiguas que se descubran por ahí á ver si quiere Dios depararnos algunas con que ilustrar la memoria de esa villa en un libro de monedas que quiero publicar luego que Dios me restituya el uso de la vista: y en toda disposicion quedo á las órdenes de V., rogando á Dios le guarde y prospere muchos años. Madrid y Octubre 14 de 1745.

B. L. M. de V. etc.

F. Henrique Florez

Señor Lopez de Cárdenas, mi Señor.

SEGUNDA.

Muy Sr. mio: este verano recibí una de V. con dibujos de algunas monedas aplicadas á Eposa: y no me acuerdo si conteste su recibo, pues mas ha de seis meses me hallo privado de oficio, por una fluxion á los ojos que desde el 5 de Julio me tiene sin uso de vista, y todavia no me permite ver.

Una de las medallas que V. menciona la tengo yo; pero no puede asegurarse que sea de Eposa. Tampoco me sirve la que se halla puramente citada ó dibujada sin existencia actual de la medalla original, pues las muchas equivocaciones que suele haber en semejante materia, no da bastante seguridad mientras no se vea la medalla original ó se sepa fijamente quien la tiene. Con el quebranto de mi vista han parado mis obras; y por lo que mira al libro de las medallas ha tenido cuenta por las muchas que han concurrido de varias partes desde S. Juan acá. Me alegraré que usted tenga felices hallazgos por esa tierra, y que á mí mande por esta etc. Madrid y Enero 13 de 1756.

B. L. M. etc.

